



Reflexiones Católicas.

Índice

- 1.- Liturgia y Espiritualidad Pascual**
- 2.- Misterio Pascual y mentalidad moderna**
- 3.- La Comunidad Pascual**
- 4.- Pascua Florida**
- 5.- Resucitó al tercer día**
- 6.- La Resurrección de Jesús y la nuestra**
- 7.- Vivir la Pascua**
- 8.- ¿Cómo, dónde y quién está presente y actúa el Señor Resucitado?**

1.-LITURGIA Y ESPIRITUALIDAD PASCUAL

La pascua ha quedado definida como la fiesta del "paso" o del "tránsito". Es el momento clave, crucial, en que termina la espera ansiosa y atormentada, por la dramática desaparición del Señor -"arrebataado por la muerte" (Mt 9, 15)- y comienza la gran fiesta. Una fiesta que se prolongará por espacio de cincuenta días. A este período de cincuenta días, se le llamó en los primeros siglos "pentecostés" y posteriormente "tiempo pascual". Son los cincuenta días más importantes del año, los cincuenta días que van desde la Vigilia Pascual al domingo de Pentecostés, los cincuenta días del Señor resucitado y de su Espíritu derramado en nuestro interior. Es un acontecimiento central y único que recorre esta cincuentena: Jesús vive y su vida actúa en cualquier persona.

Un tiempo para la alegría

Las alusiones a la fiesta de pentecostés que encontramos en el Nuevo Testamento hacen referencia a la fiesta judía. Hay que esperar hasta la última década del siglo II para encontrar noticias directas y claramente referidas al pentecostés cristiano. Hay un testimonio, atribuido a



Reflexiones Católicas.

Ireneo, en el que pentecostés es equiparado al domingo. En otro texto, recogido en las *Acta Pauli*, se menciona el clima de alegría que caracteriza a pentecostés. Aparte de estos dos informes, el testimonio de mayor interés lo encontramos en los escritos de Tertuliano. Es un claro exponente del comportamiento de la Iglesia de África.

En uno de los testimonios de Tertuliano, al hablar del bautismo, señala los distintos acontecimientos a través de los cuales se hace patente la presencia del Señor resucitado y que la Iglesia celebra y experimenta durante la cincuentena. En concreto, se mencionan las apariciones del Señor a los discípulos después de la resurrección, la ascensión a la gloria del Padre, la donación del Espíritu y su vuelta gloriosa al final de los tiempos. Todos estos acontecimientos constituyen en su conjunto el proceso de glorificación de Cristo, su retorno al Padre. Este proceso ha de culminar en la parusía final, cuando queden definitivamente establecidos el cielo nuevo y la tierra nueva y Cristo sea todo en todas las cosas.

Este conjunto de acontecimientos o, más bien, aspectos son celebrados durante la cincuentena. Pero no se celebran aisladamente, fragmentándolos, como ahora, sino de forma unitaria e indisoluble. En realidad, la Iglesia primitiva ha seguido en esto el mismo criterio de interpretación que aparece en Juan, el cual en la narración de su Evangelio no reparte estos acontecimientos de forma cronológica —como si se tratara de hechos sucedidos históricamente a lo largo de un período de tiempo—, sino que los aúna y los contempla de forma unitaria, como sucedidos fuera del tiempo. Concretando más diría que pentecostés celebra la gloria de Cristo resucitado, sentado a la derecha del Padre como Señor del universo, y presente al mismo tiempo entre los suyos, como salvador y restaurador de la historia, por la fuerza irresistible de su Espíritu. Es precisamente la experiencia de esta gran realidad, vivida con intensidad a lo largo de la cincuentena, la que llena de gozo a la comunidad cristiana. Por eso pentecostés es un tiempo para la alegría. Es como un día de fiesta prolongado y exultante.

Imagen del Reino de los cielos



Reflexiones Católicas.

Pentecostés es "una especie de caja de resonancia de la alegría pascual" y es, al mismo tiempo, una imagen del reino de los cielos. Es éste uno de los componentes más arcaicos que definen la fisonomía espiritual de la cincuentena. En realidad, este aspecto no es sino una derivación de la presencia de Cristo glorioso que la Iglesia experimenta de manera especial en pentecostés. La comunión sacramental con el Cristo de la pascua y la celebración de su retorno al Padre implican, sin duda, una experiencia mística de la vida futura. Pentecostés ofrece precisamente el marco litúrgico y eclesial en el que esa experiencia se hace posible.

Refiriéndose a pentecostés, Orígenes, uno de los autores que más han insistido en esta dimensión espiritual de la cincuentena, piensa que si el concepto de "paso" o "tránsito" corresponde a la esencia de la pascua, a la esencia de la cincuentena corresponde el resucitar con Cristo y el sentarse con él a la derecha del Padre, compartiendo su misma gloria. Pentecostés celebra la etapa final, el arribo a la gloria del Padre. Es, como he indicado antes, la culminación de la pascua. Pero no sólo de la pascua de Cristo; pentecostés celebra la glorificación de todos los creyentes junto con Cristo.

De esta manera, pentecostés, en cuanto forma de comunión con Dios, rebasa el marco de las siete semanas para convertirse en una posibilidad y en una exigencia permanente que abarca todos los instantes de la vida del cristiano. Para el cristiano perfecto cualquier época del año es pentecostés.

El "gran domingo"

Es pentecostés como si se tratara de un gran domingo prolongado por espacio de cincuenta días. Es ésta una tradición muy antigua, que se remonta a la segunda mitad del siglo II y se extiende a todas las Iglesias. Según esta tradición, los cincuenta días que siguen a la pascua se celebran como si se tratara de un gran domingo. Todo lo que se atribuye al día del señor, por el mismo motivo, se aplica también al período de pentecostés.

Disolución e la cincuentena



Reflexiones Católicas.

Hasta finales del siglo IV el período de la cincuentena permanece como un bloque unitario, en el que se prolonga la alegría pascual y en el que se celebra el triunfo definitivo de Cristo sobre la muerte. Sin embargo, ya a finales del siglo IV vemos aparecer los primeros síntomas de una fragmentación que irá creciendo poco a poco hasta romper del todo la unidad original de la cincuentena.

Durante los primeros siglos, aparecía pentecostés como una gran fiesta prolongada por espacio de cincuenta días. Por eso se le llamaba "pentecostés". En ese contexto no cabía imaginar un día más importante que otro. Todos eran igualmente festivos y solemnes. En la segunda mitad del siglo IV comienza a ponerse de relieve el último día de la cincuentena, el día cincuenta, que además caía en domingo. No se trataba de instituir una nueva fiesta, sino de subrayar la significación del último día, que venía a constituir como la clausura, el colofón o el broche de la cincuentena pascual. En este sentido es fácil entender que el último día del "espacio de la alegría", que no celebra ningún misterio particular, viene a ser como el resumen condensado o como la síntesis final de toda la riqueza de la cincuentena pascual.

Es muy probable que la referencia a la venida del Espíritu Santo, vinculada por muchas Iglesias a la celebración del día cincuenta, haya favorecido un cierto reajuste de fechas en conexión con la cronología que aparece en el libro de los Hechos. Quiero decir que la evocación de la venida del Espíritu Santo realizada el día cincuenta ha podido ser el justificante inmediato para celebrar la ascensión del Señor diez días antes. Es evidente, por otra parte, que en este proceso de fragmentación, que afecta a la totalidad del año litúrgico, es, sobre todo, fruto de una mayor sensibilidad histórica, alejada cada vez más de una concepción místico-sacramental de la fiesta.

La estructura de la cincuentena pascual ha permanecido prácticamente invariable desde finales del siglo V. La nueva liturgia, aparentemente, no ha cambiado la estructura del tiempo pascual. La denominación sigue siendo la misma. Sin embargo, hay una variante que considero capital: se ha suprimido la octava de pentecostés. Pentecostés ya no es una réplica de pascua. Ni siquiera la fiesta del Espíritu



Reflexiones Católicas.

Santo. El día de pentecostés ha vuelto a ser el día último de la cincuentena, el colofón, el sello. Pentecostés, en cuanto período de cincuenta días –llamado ahora tiempo pascual-, ha recuperado su propia identidad. Así se describe en las "Normas Universales sobre el Año Litúrgico y el Calendario" del 21 de marzo de 1969.

Jesús Resucitado y su Espíritu centros de la liturgia pascual

Jesús resucitado es el objetivo de nuestras miradas, cada uno de los días del tiempo de Pascua. Lo miramos a él, y lo admiramos profundamente, y sentimos la alegría de ser sus seguidores, y renovamos la adhesión de la fe y el convencimiento de que en Él tenemos la vida, y entendemos mejor el sentido de su camino de amor fiel hasta la muerte, y nos sentimos llamados a vivir como Él. Y este gozo de Pascua nos hace mirar la vida con otros ojos. Porque la humanidad, con Jesús, ha sido transformada y ha comenzado una nueva creación: la humanidad ha entrado en la vida nueva de Dios, la muerte y el pecado han sido vencidos, el camino de los hombres y mujeres en este mundo es un camino que, a pesar del dolor y del mal que continúa habiendo en medio de nosotros, lleva a una vida para siempre, a la misma vida que Jesús ya ha conseguido.

Esta vida renovada es obra del Espíritu. Para los apóstoles, la experiencia de Jesús resucitado en medio de ellos es la experiencia de recibir un Espíritu nuevo, un Espíritu que los transforma y los hace vivir lo mismo que Jesús vivía: los hace sentirse continuadores de la obra de Jesús. El mismo día de Pascua, explica el evangelio de Juan (20, 19-23), Jesús se hace presente en medio de los discípulos y les da el Espíritu, y ellos desde aquel momento se sienten enviados a continuar lo que Jesús ha hecho. Es el mismo hecho que el libro de los Hechos de los Apóstoles (2,1-11) presentará como un acontecimiento radicalmente transformador que tiene lugar cincuenta días después: el día de Pentecostés.

Liturgia en comunidad

Todo esto lo vivimos en la comunidad de los creyentes. La Iglesia es el lugar donde nos encontramos con Jesús



Reflexiones Católicas.

resucitado, donde experimentamos su Espíritu que nos mueve, donde lo vivimos a través de sus sacramentos (el Bautismo y la Eucaristía sobre todo), donde sentimos la llamada a ser testimonios de esta Buena Noticia a través de nuestra manera de vivir y también a través de nuestra palabra.

Sin embargo, esto no significa que la acción de Jesús resucitado, la fuerza de su Espíritu, quede encerrada en los límites de la Iglesia: más allá de todo límite, más allá de toda frontera, el Espíritu de Jesús está presente en el corazón del mundo y suscita en todas partes semillas de su Reino, tanto entre los creyentes como entre los no creyentes. El domingo de Pentecostés, en el salmo responsorial, proclamamos una frase que puede expresar muy bien el mejor sentimiento que podemos tener en nuestro interior durante estos días: «*Goce el Señor con sus obras*». Realmente el Señor puede estar contento de su obra. El Dios que después de la creación podía decir que todo lo que había hecho era muy bueno, ahora puede volverlo a decir, y con más razón. Celebrar la Pascua es compartir esta alegría de Dios.

Estructura de la liturgia pascual

Los domingos de Pascua son ocho. El primero, que recibe el nombre de "Domingo de Pascua" o "Día de Pascua" incluye la Vigilia Pascual, y es para los cristianos el día más grande del año. Después vienen cinco domingos que continúan la fiesta. El séptimo domingo se celebra la fiesta de la Ascensión: es el día en el que contemplamos a Jesús, hombre como nosotros, glorificado con Dios por siempre. Y, finalmente, el domingo octavo culmina el tiempo de Pascua con el día de Pentecostés, la celebración del fruto de la resurrección de Jesús: su Espíritu que se derrama sobre los creyentes y sobre el mundo entero.

Las lecturas de estos domingos nos ayudan a vivir los diversos aspectos de la Pascua, siguiendo dos líneas básicas: las de los evangelios y las de la primera lectura.

Evangelios de los domingos de Pascua



Reflexiones Católicas.

Domingo 1. Se lee la escena del sepulcro vacío, el primero y desconcertante anuncio de la resurrección.

Domingo 2. Cada año se lee lo mismo: la primera aparición de Jesús a los apóstoles, sin Tomás, y la segunda, el siguiente domingo, con Tomás.

Domingo 3. Se lee una de las apariciones de Jesús resucitado (en cada ciclo una diferente: unos relatos de gran riqueza de mensaje).

Domingo 4. Se lee cada año un fragmento del capítulo 10 del evangelio de Juan. Es el capítulo del Buen Pastor: Jesús que guía, que conoce personalmente, que da la vida.

Domingos 5 y 6. Se leen diversos fragmentos del discurso de la última cena del evangelio de Juan. Es una profunda y cercana presentación de quién es Jesús para nosotros, qué espera de nosotros, cómo nos acompaña.

Domingo 7. La Ascensión. Leemos el final de cada uno de los evangelios sinópticos: la misión que Jesús les encomienda, su despedida.

Domingo 8. Pentecostés. Leemos cómo Jesús se hace presente entre los apóstoles el día de Pascua para darles el Espíritu y enviarlos a continuar su obra.

Primera Lectura

La primera lectura del tiempo de Pascua no está tomada, como en el resto del año, del Antiguo Testamento, sino del libro de los Hechos de los Apóstoles, que narra los inicios de la comunidad cristiana, como fruto de Jesús resucitado. Se distribuyen así:

Domingo 1. El anuncio de la resurrección que Pedro hace ante los paganos.

Domingo 2. Cada año se lee uno de los resúmenes que San Lucas ofrece de lo que era la vida de la primera comunidad: un ideal que debemos tener siempre ante nuestros ojos.



Reflexiones Católicas.

Domingos 3 y 4. Leemos diferentes escenas de la predicación primera de los apóstoles anunciando la resurrección de Jesús.

Domingos 5 y 6. Leemos diferentes escenas de la vida de la primera Iglesia: su crecimiento, la manera de organizarse, y también sus conflictos.

Domingo 7. La Ascensión: el relato que se hace en los Hechos de los Apóstoles.

Domingo 8. Pentecostés: el relato del don del Espíritu según los Hechos de los Apóstoles.

¿Cómo celebrar la cincuentena pascual?

En la antigua tradición cristiana, los cincuenta días de Pascua eran vistos como un solo día, un único día de fiesta, en el que se decía que no estaba bien arrodillarse ni ayunar: nada que pudiera sonar a penitencia tenía sentido en esta larga fiesta. Nosotros no vivimos esta cincuentena tan intensamente. La Cuaresma, por ejemplo, consigue siempre mucha más intensidad. Y si se piensa fríamente, no es demasiado razonable que la preparación para la Pascua (la Cuaresma) tenga más éxito que la celebración en sí de la Pascua. Una causa debe ser que nuestra tradición cristiana, a lo largo de los siglos, se ha ido centrando más en la preocupación por el pecado y la condenación, que en la victoria de Jesús que ha destruido el poder del mal. Y ahora, que ya no hablamos tanto ni del pecado ni de la condenación, esta tradición se traduce más, quizás, en preguntarnos *"qué tenemos que hacer"* nosotros, en lugar de descubrir *"lo que hace Jesús por nosotros"*, y de reconocer la vida que nos da.

Pero también existen otras causas. Una puede ser que así como la Cuaresma tiene un objetivo final (la Semana Santa, el Triduo Pascual), la Pascua no tiene ningún objetivo hacia donde caminar. Es un tiempo que parece plano, monótono, que se va acabando sin más, como deshilachándose: cuesta mantener la tensión en un tiempo largo sin objetivo final. Otra puede ser que la Pascua llega en primavera, con un cierto cansancio y relajación, y con el inicio de la dispersión de los fines de semana. A pesar de todos estos



Reflexiones Católicas.

inconvenientes, valdrá la pena intentar celebrar tanto como se pueda este tiempo. Y pueden ayudarnos algunos elementos sencillos.

Por ejemplo, la ornamentación de la iglesia. Durante todo el tiempo de Pascua la iglesia debería estar bien adornada con luces y flores, y hay que evitar que esta ornamentación decaiga a medida que pasan las semanas. Y, el último día, el domingo de Pentecostés, aumentar el clima festivo celebrando la culminación del tiempo. Igualmente, resaltar los signos litúrgicos propios de este tiempo: el cirio pascual grande y en un lugar visible (y que el resto del año no esté en el presbiterio, para que la diferencia sea clara); la aspersión del agua en el inicio de la misa; el canto frecuente del aleluya (por ejemplo, que todos los domingos la respuesta del salmo responsorial sea el aleluya, y cantar otro aleluya diferente antes del evangelio); mantener los cantos de Pascua todo el tiempo y repetirlos sin miedo. Y también introducir en este tiempo elementos diversos que resalten la vida comunitaria y que hagan descubrir la fuerza del Espíritu en el mundo.

Finalmente, para la espiritualidad personal, en este tiempo puede ayudar mucho leer cada día, contemplativamente, las lecturas de la Misa. La primera lectura va siguiendo todo el libro de los Hechos de los Apóstoles, un repaso de cómo la Buena Noticia de Jesús se extiende y da fruto. Y el evangelio es, en la primera semana (la de la Octava de Pascua, que son los días más solemnes) una selección de apariciones de Jesús resucitado; y, el resto del tiempo, fragmentos del evangelio de Juan que nos hacen sentir muy cerca de Jesús.

PASCUA QUIERE DECIR QUE DIOS, NUESTRO PADRE, ES BUENO

El ama a su hijo, Jesús, y no puede permitir que sea machacado por la maldad, la injusticia y la cobardía. Lo levanta de entre los humillados, lo arranca de entre los muertos. Lo saca de la oscuridad de la derrota. Y le convierte en Señor. Le da una vida nueva, más alta, más libre, más transparente. Ya no morirá jamás. En El, el Padre



Reflexiones Católicas.

ha hecho que la muerte tuviera su primer fracaso. En El, el Padre ha colmado de vida al mundo.

PASCUA QUIERE DECIR QUE JESÚS, EL CRUCIFICADO, TENÍA RAZÓN

Lo que decía, lo que hacía es verdad. El, el Pobre, ahora inaugura el Reino. El, la Humildad, ahora posee la tierra, es el Señor. El, que llora, ahora es consolado y otorga a sus amigos su Espíritu, el Consolador. El, que sufrió hambre y sed de justicia, ahora es saciado y sacia a los suyos. El, el Compasivo, ahora es compadecido. El, el limpio de corazón, ahora ve a Dios y en El vemos a Dios. El, el perseguido por causa de la justicia, ahora es el que va por delante del Reino de la paz y de la libertad.

PASCUA QUIERE DECIR QUE DIOS ESTA A NUESTRO FAVOR

Que se ha comprometido para que la liberación de todos los hombres no sea solamente una palabra bonita, para que la lucha por un mundo nuevo no sea sólo un ideal lejano que nunca podremos alcanzar. Cristo lo ha conseguido. Y todos hemos de acercarnos cada día decididamente a ese ideal. La resurrección supone, en Jesús y en nosotros, una insurrección. Insurrección contra todo lo que nos degrada, nos deshumaniza, lo que nos hace inhumanos y nos separa los unos de los otros.

PASCUA QUIERE DECIR QUE LA MUJER NO ES UNA PERSONA DE SEGUNDO ORDEN

Jesús que quiso nacer de una mujer, quiso también que ellas -las mujeres- fueran las primeras en llevar al mundo la luz de su resurrección. En la primera luz del domingo, se apareció a María Magdalena y a la otra María. Ellas fueron las mensajeras de la vida, los apóstoles de los Apóstoles, los primeros testimonios del Resucitado.

PASCUA QUIERE DECIR QUE EL MUNDO NO CAMINA HACIA ATRÁS

Y que la evolución no marcha hacia la nada. Que la creación no gesta la muerte, sino un futuro mejor, el primer fruto del cual es el Cristo que vive para siempre. Por eso Pascua



Reflexiones Católicas.

nos invita a conocer y respetar todo lo que nos rodea. A no malgastar las fuerzas ni el encanto de la naturaleza. Nos estimula a hacerla crecer, a hacerla bonita, a hacerla humana. Quiere que nuestro universo sea un hogar acogedor para todos los hombres.

PASCUA QUIERE DECIR QUE LA VIDA ES MAS FUERTE QUE LA MUERTE

Que el amor es más poderoso que el odio. Que la paz vencerá sobre la guerra. Que la libertad no será nunca estrujada completamente por la opresión. Que la esperanza no puede ser ahogada por el absurdo. Que la inocencia es más potente que la maldad. Que el pecado no tiene la última palabra, sino la gracia. Que los injustos no siempre ganan y que nunca ganan del todo. Y que el tiempo definitivo no es el invierno, sino la primavera.

2.-MISTERIO PASCUAL Y MENTALIDAD MODERNA

Anunciar el Misterio Pascual es la tarea primordial de la Iglesia. Pero hay que tener en cuenta la mentalidad de cada época, si queremos que el mensaje sea comprendido adecuadamente.

Al hablar del Misterio Pascual, hay que distinguir los tres momentos históricos que forman el ritmo de su movimiento: muerte, sepultura y resurrección de Jesucristo. Como dice San Agustín, debemos incorporarnos al misterio de Cristo "muerto, sepultado, resucitado". En cada uno de estos aspectos se pueden ver puntos de contacto y síntomas de divergencia con la mentalidad moderna.

El aspecto de la muerte de Cristo nos indica que el cristianismo supone siempre la destrucción de algo para llegar a la plenitud de la vida. Es impensable llegar a la victoria sin pasar por una derrota previa. Esto es difícil de admitir por el hombre actual, que rehuye espontáneamente cuanto signifique sufrimiento, privación y muerte. Pero, por otra parte, el hombre actual se halla más capacitado que nunca para ver con lucidez su radical caducidad y su destino para la muerte. De hecho, las filosofías originales de nuestra época se complacen en esta mirada cara a cara de la muerte. Si se aprovecha esta lucidez, y se hace comprender que



Reflexiones Católicas.

el paso por la muerte no es más que condición para llegar a la vida, y no término final de la existencia, el primer aspecto del misterio pascual puede ser incorporado plenamente al espíritu moderno.

SABADO-STO/EP: El aspecto de la sepultura de Cristo señala la importancia de la esperanza en el cristianismo. El primer sábado santo de la historia fue un día "vacío", pero en el corazón de quienes lo vivieron nació la gran esperanza del triunfo, pese a todas las apariencias contrarias. Y esto se ha convertido en característica fundamental de la vida cristiana: esperar contra esperanza. El hombre actual no soporta con facilidad los tiempos vacíos. Los compases de espera. Pero, por otra parte, es un hombre metido de lleno en el sentido de la historia, y por tanto, abierto constantemente al futuro, es decir, en definitiva, lleno de esperanza. La esperanza cristiana puede entrar perfectamente en el horizonte del alma moderna, si sabemos hacer comprender que no se trata de una simple espera pasiva, sino de una tarea activa de preparación del triunfo de Cristo y del hombre, es decir, si comprendemos el sentido cristiano del progreso humano (cf. *Gaudium et Spes*, n. 4).

RS/I-VICTORIA: El aspecto de la resurrección de Cristo presenta el carácter francamente afirmativo del cristianismo. La fe cristiana lleva a la victoria. El triunfo ha sido conseguido plenamente por Cristo, pero aún no se ha hecho patente en todos los hombres. Entre la batalla decisiva ganada por Cristo y el día de su victoria final, plenamente reconocida, transcurre el tiempo de la Iglesia, cuya tarea es lograr que todos los hombres puedan llegar a hacerse suya esta victoria de Cristo. El mundo actual se entusiasma ante la perspectiva de la afirmación de todos los valores genuinos, y siente anhelos de triunfo, de paz y de progreso. Pero al mismo tiempo rehuye el espíritu triunfalista, si se hace comprender que el triunfo de Cristo no conduce al triunfalismo de la Iglesia, sino que, al tiempo que le da la seguridad de la victoria, le obliga al servicio humilde y generoso de todos los hombres, entonces es cuando se capacita al mundo actual para aceptar plenamente el espíritu auténtico del misterio pascual (cf. "*Gaudium et Spes*", nn. 38, 39, 45).

3.-LA COMUNIDAD PASCUAL

El ambiente de la celebración debe continuar tan festivo y pascual como hace ocho días: adornos del altar y del ambón, cirio



Reflexiones Católicas.

encendido, repertorio de cantos pascuales, aleluya festivo, la aspersión al inicio de la Misa en vez del acto penitencial... La Pascua acaba de empezar, y la comunidad la debe celebrar con ilusión y con elementos distintos al resto del año.

De la temática de las lecturas vale la pena resaltar, además de la noticia central de la Resurrección, sobre todo la vida pascual de la comunidad y el sentido del domingo para ella. El libro de los Hechos ya lo comenzamos a leer el domingo pasado. Ahora empieza el del Apocalipsis, como 2. lectura. Convendrá, pues, como cada vez que empieza un libro que se va a ir leyendo continuamente, que el predicador se prepare con una reflexión global (cf. por ejemplo la que ofrece el Dossier CPL n. 52, Pascua/Pentecostés). Es la historia de una Iglesia en lucha, pero vista desde la perspectiva de la victoria, porque su Esposo y Señor ya ha vencido al mal.

-**"YO SOY EL QUE VIVE"**: El punto de arranque para la homilía, como lo es para toda la Pascua, es que Cristo vive y es el Señor Glorioso. Es él quien se hace presente a su comunidad y la anima: "Y se llenaron de alegría al ver al Señor" (evang). Es la misma visión que nos ofrece el Apocalipsis: "No temas: yo soy el que vive, estaba muerto, y ya ves, vivo...". Esa es la raíz de toda la fe, esperanza y dinamismo de la comunidad cristiana. Después de dos mil años, Cristo sigue vivo, sigue presente a su comunidad, guiándola y animándola por su Espíritu, como lo hizo con la primera y lo hará hasta la victoria final.

-RASGOS DE LA COMUNIDAD PASCUAL

Pero tal vez lo más conveniente hoy es trazar como el retrato-robot de una comunidad que cree en el Resucitado y se deja mover por su Espíritu. Ella misma, la comunidad, es el primer fruto de la Pascua del Señor. Siguiendo los Hechos, en su "sumario" de hoy, y las otras lecturas, podemos comentar las características que debería tener nuestra Iglesia o nuestra comunidad concreta hoy.

a) Es una comunidad de creyentes, que se reúnen por la fe en Cristo: "hombres y mujeres que se adhieren al Señor" (Hechos), los que creen que Jesús es el Mesías y el Hijo de Dios y en su nombre tienen vida (evang), los que le siguen porque él es el "primero y el último", el Señor de la historia (Apoc.).



Reflexiones Católicas.

b) Es una comunidad misionera y que crece. Jesús les ha dado la misión de ser sus testigos: "yo os envío", y les infunde su Espíritu para que les ayude (evang). Y en efecto en los Hechos vemos que cumple el encargo: "crecía el número de los creyentes". No es una comunidad cerrada, sino abierta y dinámica.

c) Es una comunidad fraterna y servidora, que continúa haciendo lo mismo que había hecho su Maestro: el bien. Practica la fraternidad y cura a los enfermos (Hechos). Esos son sus mejores carismas y signos.

d) Esta comunidad sabe lo que es el sufrimiento en el camino de la vida. Es una generación que "no ha visto a Jesús" y por ello tiene doble mérito en su fe (evang.). Una comunidad desterrada en medio de un mundo hostil e indiferente, "en la tribulación" (Apoc). Pero supera desde la fe y la esperanza las dificultades.

e) Se reúne cada domingo para celebrar su fe y su encuentro con el Resucitado. La primera aparición del Señor es "el primer día de la semana", y la siguiente "a los ocho días", o sea, siempre en el día que los judíos llamaban "primero después del sábado", pero como fue el día en el que resucitó Jesús, pronto se llamó "el día del Señor" (Apoc.), en latín "dominicus dies", domingo. La "comunidad del Señor" se reúne en "el día del Señor" para celebrar "la cena del Señor": siempre centrada en Cristo, y por eso viva y esperanzada.

f) Es una comunidad sacramental: no sólo por la Eucaristía, en la que es alimentada progresivamente en su encuentro con Jesús - Palabra y Alimento de Vida- sino además porque en la perspectiva de la Pascua entran el Bautismo, la Confirmación del Espíritu, y también el perdón del sacramento de la Reconciliación: "recibid el Espíritu Santo: a quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados" (evang.).

Aquí tenemos un termómetro para examinar nuestra vida pascual. Según la asamblea, puede ser más conveniente insistir en un rasgo más que en otro, pero en ninguna se debería considerar esto como una utopía irrealizable. Porque el protagonista de la nueva vida pascual es Cristo y su Espíritu, no nosotros en primer lugar. Es El quien nos quiere comunicar su Pascua, sobre todo a partir de nuestra Eucaristía dominical. Aunque su oferta es una urgencia de compromiso y de apertura



por parte nuestra, para que nuestro testimonio en el mundo sea creíble y "crezca el número de los creyentes".

4.-PASCUA FLORIDA

Así llamaba el lenguaje popular a las fiestas pascuales. El antiguo catecismo había recogido la expresión cuando prescribía a los creyentes "comulgar por Pascua florida". Es un nombre plenamente justificado, porque la Pascua coincide con la estación en la que tras el letargo invernal, la naturaleza vive, de forma repentina y casi inesperada, la explosión de color, formas, perfumes, vida y belleza que denominamos primavera. "Pascua florida" une en perfecta armonía la fiesta cristiana, litúrgica, y la experiencia natural, profana, que subyace a ella. A mi me sugiere un problema que el clima de secularización de la cultura impone de forma cada vez más aguda a las comunidades cristianas y una pista -lo confieso, sólo incierta y germinal- para encontrarle respuesta.

El problema es la tensión cada vez mayor entre el ideal litúrgico (¡la fiesta de las fiestas!); y la cruda realidad que la reduce para la mayor parte de sus miembros, por presión social, por necesidad real, o por las dos cosas a la vez, a unas breves vacaciones de primavera. Las respuestas que encuentran la mayor parte de las familias cristianas para no renunciar a los polos de esa fuerte tensión es incluir en el programa de las vacaciones fiestas y espectáculos tradicionales, generalmente procesiones, y asistir en condiciones mucho menos favorables que las de sus lugares de origen a la celebración de oficios religiosos masivos y muy poco participados.

"Pascua florida" orienta hacia otra solución de esa tensión inevitable. La Pascua cristiana incorpora la conmemoración del Éxodo del pueblo de Israel, de las fiestas con que pastores y agricultores saludaban el renacimiento de la vida en las crías y en el brotar de las flores y sementeras, y la experiencia más general que supone para los seres vivos la primavera. Una invitación a hacer aflorar a la conciencia la necesidad de vida, de renovación que llevamos dentro de nosotros y que la Resurrección del Señor viene a confirmar y realizar en un nivel insospechadamente más profundo; una invitación a vivir la Pascua en esas experiencias humanas que son el encuentro con otros caminantes mientras volvemos a casa tal vez un poco desesperanzados, la escucha de palabras que ponen en ascuas nuestro corazón, la invitación a



Reflexiones Católicas.

nuestra mesa a personas que pasan a nuestro lado, el compartir el pan que abre nuestros ojos, nos llena el corazón de alegría y nos hace decir con todo el convencimiento: "verdaderamente ha resucitado el Señor". La celebración sosegada, ya de vuelta en nuestras comunidades cristianas, de la cincuentena pascual nos permitirá después compartir con los hermanos y hermanas creyentes la fe y la esperanza pascuales y contarnos unos a otros cómo cada uno, a su modo, hemos reconocido o vamos reconociendo al Señor en nuestras vidas, de trabajo o de vacaciones, al compartir el pan.

5.-RESUCITÓ AL TERCER DÍA

1. «La ofrenda de la mañana»

«Jesús en el sepulcro». Así se titula el último capítulo de la *Vida de Jesús* de Renán 1. Ciérrase el libro con una referencia desengañada, muy triste, a «la viva imaginación de María de Magdala», calificando vagamente de sagrados «aquellos momentos en los que la pasión de una alucinada da al mundo un Dios resucitado» 2. Para el historiador francés, detrás de la muerte de Jesucristo no queda ya nada. Lo restante es el desarrollo inmenso de una leyenda, la consecuencia de un amor desorbitado hacia aquel hombre que, por merecer el máximo amor, no mereció semejante falsificación.

Quienes firmemente creemos en la resurrección de Jesucristo pensamos que, si ésta es suprimida, todo lo demás -las maravillosas enseñanzas, aquella paciencia sin límites, su ejemplar serenidad, el ejercicio constante del más limpio amor- es cosa tan exigua, tan desmochada y desarraigada, que no vale la pena hacerlo objeto de fe. Sólo la resurrección hace que no sea «vana» nuestra creencia (1 Cor 15, 14).

Pero el Hijo del hombre afirma: «Yo soy el primero y el último, el viviente, que fui muerto y ahora vivo por los siglos de los siglos» (Ap 1, 18). Tanto la muerte como la resurrección son dos hechos imprescindibles y de una mutua relación estrechísima. (Para el Apóstol, uno y otro suceso constituyen el doble polo de todo su pensamiento: con mucho tino suele decir Cerfaux que la soteriología paulina no dibuja un círculo en torno a un centro, sino una elipse alrededor de dos focos.) Y la resurrección, más que una reparación de la cruz, es su fruto.



Reflexiones Católicas.

Por su pasión, Cristo ha glorificado al Padre, le ha ofrecido su «sacrificio vespertino» (Sal 141,2), aquella oblación que tuvo lugar a la caída del día y al atardecer del mundo viejo: *Vergente mundi vespere*. Y San Agustín discurre elegantemente: «Este es el sacrificio de la tarde, la pasión del Señor, la cruz del Señor, la ofrenda de la víctima saludable, el sacrificio agradable a Dios. En la resurrección El transformó aquel sacrificio vespertino en ofrenda matinal» 3. Así, mediante la aceptación del Padre se consumó aquel sacrificio que sólo era todavía oblación. Y de este modo la glorificación de Dios transfórmase en glorificación de Jesucristo: «Si Dios ha sido glorificado en El, Dios, a su vez, le glorificará en sí» (Jn 13,32). Queda cumplida, en un grado inefable, la antigua promesa: «A quien me glorificare, yo le glorificaré» (1 Sam 2,30).

No fue la resurrección para Jesús un enaltecimiento puramente exterior o apologético, una mera palabra de complacencia pronunciada por el Padre ante los hombres, a la manera de aquella declaración y alabanza que siguieron a su abatimiento en el bautismo (Mt 3,17). Fue mucho más que eso, pues para Cristo constituyó una verdadera trasmutación. No hay duda que antes de resucitar era ya Hijo amadísimo de Dios, pero su carne lo cubría como con una librea de siervo que no le dejaba disfrutar por completo de su condición filial. Por la resurrección vino a quedar establecido en una existencia, diríamos, natural al Hijo de Dios, holgada y deleitosa, de la cual no pudo gozar mientras andaba en la tierra, ligado por su cuerpo todavía mortal; después fue «constituido Hijo de Dios, poderoso según el espíritu de santidad, a partir de la resurrección de entre los muertos» (/Rm 1,4-5). Según Pablo, según la precisa cita del salmo, el Padre engendra a Cristo a una existencia de Hijo en el momento de la resurrección (/Hch 13, 33).

Tal glorificación de Jesús, consiguiente a la que éste tributó al Padre a lo largo de su vida y sobre todo en la cruz, redundará luego nuevamente en glorificación del Padre. «Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti» (Jn 17,1). Con mucha exactitud traduce San Agustín: «Resucítame, para que tu conocimiento se extienda por mí a todo el orbe» 4. Merced a la resurrección, el circuito de la gloria recíproca entre las diversas personas se difunde a nuevos círculos, conquistando nuevos pechos y bocas para la gloria del Señor.



Reflexiones Católicas.

No hay lengua humana que pueda cantar adecuadamente milagro tan desigual. Es, por antonomasia, el milagro de Dios, la revelación de su poder. ¿Cómo decirlo, cómo expresarlo? En vista de la insuficiencia de todos los medios que a mano tenía, Pablo se acoge a un último y también pobre recurso: opta por acumular palabras. Se explica así: «la fuerza de la energía de la potencia que El ejerció en Cristo cuando lo resucitó de entre los muertos» (Ef 1,19-20). Con razón afirma Guardini que, si alguien preguntara en qué consiste la redención desde el punto de vista tanto del agente como del paciente, se le podría contestar con una única respuesta: Cristo resucitado. El mismo es, efectivamente, en su nueva vida transfigurada, el resumen del mundo nuevo.

Desde el principio será la resurrección de Cristo el núcleo de toda predicación apostólica. El primer sermón de la historia de la Iglesia, pronunciado por Pedro el mismo día de Pentecostés, se condensa en esta desnuda proposición: «Dios resucitó a Jesús» (Act 2,32). A eso tendían las apariciones del Resucitado, a hacer de los apóstoles testigos intrépidos de su triunfo (Act 13,31; 22,15; 26, 16). Dos son las notas constitutivas de la misión apostólica: haber visto al Resucitado (Lc 24,48; Jn 20,21; 1 Cor 9,1; 15,7) y haber recibido de El el mandato de atestiguar su resurrección junto con todo cuanto, a la luz de esta resurrección, constituye la obra entera del Salvador (Mt 28,19; Jn 20,21; Rom 1,5; 1 Cor 1,17). Para Pablo, la muerte y resurrección del Señor son la enseñanza básica, lo que él ha recibido y predica «en primer lugar» (1 Cor 15,3). «Los apóstoles atestiguaban con gran poder la resurrección del Señor Jesús» (Act 4.,33), de tal suerte que este testimonio viene a resumir por completo su misión (Act 2,32; 3,15; 5,32). ¿Qué eran ellos sino, simplemente, testigos de la resurrección»? (Act 1,22). ¿Qué era toda la predicación misionera más que un mensaje pascual? En el año 60, un funcionario romano informa así al rey Agripa acerca de la religión cristiana: «sobre cierto Jesús muerto, de quien Pablo asegura que vive» (Act 25,19).

La resurrección no es sólo el dato fundamental; es el prisma a través del cual son contemplados todos los datos concernientes a Cristo. Ella hizo que la vida entera del Maestro fuese replanteada de raíz en la cabeza y el corazón de los discípulos.



Reflexiones Católicas.

En efecto, ¿qué era Cristo para los discípulos antes de resucitar? Los dos caminantes de Emaús describen bien la debilidad e imprecisión del criterio que acerca del Maestro se habían formado casi todos ellos: «Fue un profeta, poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo..., y nosotros esperábamos que El iba a liberar a Israel» (/Lc 24,19). La resurrección operó un cambio radical en aquellas mentes llenas de vaguedades, dándoles la luz y la medida del Salvador a quien amaban.

Para ellos y para todos cuantos han creído y creerán gracias a su testimonio, es la resurrección la piedra fundamental de la fe. Ya el mismo Jesús -«Destruid este templo y en tres días lo levantaré» (/Jn 2, 19)- había anunciado su victoria sobre la muerte como prueba irrefragable de su divinidad y de la veracidad de su misión. Sin esa victoria, confiesa Pablo que sería *inane* toda fe y toda predicación (1 Cor 15,14-17). Predicación inane: más que desprovista de vigor persuasivo, inútil y vana. Fe inane: no sólo imposible de probar, sino estéril y carente de contenido.

¿Damos nosotros al misterio de la resurrección de Cristo aquel lugar central que merece y exige dentro de la esfera de la fe? Recuerdo un día en que tuve que acompañar a cierto peregrino a visitar los lugares santos de Jerusalén. Lo llevé inmediatamente a la basílica del santo sepulcro, después de explicarle que se trataba de un templo que bajo las mismas naves cobija el pequeño montículo en que murió Cristo y el emplazamiento donde su cadáver fue sepultado. Cuando entramos en la basílica, yo quise conducirlo, antes que nada, al sepulcro, pero él me retuvo diciendo: «Lo importante no es el sepulcro, sino el Calvario». La fe de aquel hombre era recia, pero escasamente documentada, y su concepto de la redención, jurídico en exceso, reducido a la idea de un mero rescate.

¿No es ésta la concepción usual, la más común en el pueblo cristiano? Resulta muy significativo ese contraste que se observa entre la categoría suprema que dentro del ciclo litúrgico ocupa el domingo de Resurrección y el relieve tan escaso que la piedad popular suele otorgarle. El cristiano medio ha de aprender aún que ese día -más que la Navidad, más que el Viernes Santo, mucho más que el Corpus Christi o la Inmaculada- representa la fecha cumbre del año, *Dies*



Reflexiones Católicas.

magna, Dies candida, Hilaria Paschae, Dominica nova, Sollemnitas sollemnitatum, Dies dierum regina.

Démosle a ese día el honor y lugar sumo que con derecho reclama; concedámosle al misterio la amorosa atención que le es debida, pues constituye el misterio capital de nuestra existencia. El Padre resucita a su Hijo (Rom 8, 11; 1 Cor 6,14; 2 Cor 5,15; 13,4; Ef 1,19; Col 2,12) y justifica a los hombres (Rom 3,26.30; 8,30; Gál 3,8). Sabemos cuándo resucitó a aquél; sepamos también cuándo justifico a éstos: la resurrección del Hijo no es tanto la primera de las obras vivificantes que el Padre realiza cuanto la única, la única obra de salud en la cual todas las demás se hallan concentradas, puesto que ya «nos resucitó y nos sentó en los cielos por Cristo Jesús» (Ef 2,6). No hay más que una efusión del Espíritu, aquella que glorifica a Cristo; los hombres no son justificados y resucitados por un don del Espíritu que quepa agregar, como un sumando más, al don por el cual fue vivificado el Primogénito. ¿Vacilará alguien a la hora de contestar cuál es el «día grande», el «día rey de los días»?

El domingo de Pascua, domingo por excelencia, es -como afirma la liturgia- «el día que hizo el Señor». Es el día *primero* -«el primer día de la semana» (Jn 20,1)-, comienzo de la creación y de la restauración, principio de todas las cosas. Y es también, más hondamente aún, el día *octavo*, el que llega tras los siete días de la historia precedente, día sin noche, tiempo en que ya no habrá ni años ni meses, tiempo sin tiempo. Edad definitiva, abierta el día de la resurrección del Señor.

Por eso es tan hermoso, tan singular, ese domingo que cada año inaugura nuestras primaveras, ese día antes del cual los pájaros no cantan: se limitan a ensayar. Oigamos una voz que llega hasta nosotros desde el siglo IV, una voz pura y autorizada que sabe estimar muy puntualmente: «Pascua del Señor, Pascua; lo digo por tercera vez en honor de la Trinidad: Pascua: Es, para nosotros, la fiesta de las fiestas, la solemnidad de las solemnidades, que es superior a todas las demás, no sólo a las fiestas humanas y terrenales, sino también a las fiestas del mismo Cristo que se celebran en su honor, igual que el sol supera a las estrellas» 5.

2. Los cuarenta días



Reflexiones Católicas.

Por cuenta y riesgo de su corazón, y de manera deliciosa, explica San León Magno 6 que Jesús se apresuró a resucitar cuanto antes porque tenía prisa en consolar a sus discípulos; estuvo en el sepulcro sólo el tiempo justo; estrictamente necesario, para que se salvara la verdad del «tercer día».

Cristo cumplió la profecía a su debido tiempo y guardó la palabra que había empeñado de reconstruir en tres días el templo. No tres días completos, evidentemente: a juicio de San León, eso no lo podía soportar su grandísimo afecto hacia las ovejas que balaban sin dueño. Resucitó, como era de ley, al tercer día, pero lo antes que pudo, muy de madrugada, ganándole por la mano al sol, anticipando el amanecer con su propia luz. El relato de los acontecimientos está envuelto en una atmósfera matinal, fresca, limpísima.

Hay que cotejar con mucho; cuidado las cuatro narraciones para poner en claro el orden de los sucesos tal y como se produjeron. Lo primero de todo, el hecho estricto de la resurrección, pertenece al secreto de Dios; sólo El sabe cómo fue aquel florecimiento súbito del cadáver, aquella repentina transfiguración del cuerpo, tan perfecta que ya ningún tropiezo o resistencia había de existir en adelante para él. Sólo Dios sabe asimismo cómo tuvo lugar el encuentro que no ha sido siquiera mencionado, la aparición a Santa María. Sobre lo demás, sobre el resto de cuanto acaeció aquel domingo, puede elaborarse como más verosímil el orden siguiente:

Muy temprano, «cuando había tinieblas», acompañada de otras mujeres, encamínase María Magdalena hacia el sepulcro con ánimo de ungir cuidadosamente el cadáver (Mt 28, 1; Mc 16, 1; Lc 24, 1; Jn 20, 1).

Al llegar a la tumba, comprueban, estupefactas, que la piedra ha sido removida. Magdalena se alarma y «corre a buscar a Simón Pedro y al otro discípulo a quien amaba Jesús, y les dice: Han robado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde lo han puesto» (Jn 20,2).

Las otras mujeres, que han permanecido cerca de la tumba -a su juicio, violada-, reciben la aparición de un ángel que les habla así: «No temáis, ya sé que buscáis a Jesús, el crucificado. No está aquí. Ha resucitado, como dijo. Venid y



Reflexiones Católicas.

ved el sitio donde estuvo. Y en seguida id a decir a sus discípulos que ha resucitado de entre los muertos y que irá delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis. Os lo he dicho yo» (Mt 28,5-7; Mc 16,6-7; Lc 24,5-7).

Las mujeres obedecen la consigna que acaban de escuchar y van en busca de los apóstoles (Mt 28,8; Mc 16,8; Lc 24,9-11).

Mas, para cuando éstas llegaron a la ciudad, ya se había adelantado Magdalena, según hemos dicho, y había podido hablar con Pedro y Juan, los cuales, sin pérdida de tiempo -- «corrían los dos juntos»-, dirigieron a la tumba. Allí vieron nada más los lienzos y el sudario; el cuerpo del Señor no estaba. Y se volvieron (Jn 20,3-10; Lc 24,12).

Magdalena, después de avisar a los dos discípulos, no se quedó en la ciudad; prefirió subir de nuevo al sepulcro con la esperanza de obtener nuevas noticias acerca del cadáver del Maestro. Allí éste se le apareció (Jn 20, 11. 18).

Más tarde, sin que podamos precisar a qué hora, el mismo Cristo se hizo presente a Pedro (Lc 24,34). Aparecióse igualmente, al atardecer, a dos discípulos que marchaban a Emaús (Mc 16,12-13; Lc 24,13-35).

Por fin hizo su aparición en el cenáculo, donde se hallaban todos los discípulos reunidos, excepto Tomás (Mc 16,14; Lc 24, 36-43. Jn 20,19-23).

Todo esto sucedió el domingo, «el primer día de la semana» (Jn 20, 1), el primer día del mundo nuevo.

La primera aparición, como hemos visto, estuvo reservada para María Magdalena (Mc 16,9). El primer anuncio del acontecimiento se hizo a las mujeres. Fueron ellas, pues, fueron unas mujeres las enviadas por Dios a predicar a los apóstoles. San Agustín subrayó este pequeño dato y anotó al margen que se trataba de una divina compensación: las mujeres anuncian hoy la Vida lo mismo que ayer una mujer, madre de todos los vivos, convirtióse en la primera mensajera de la muerte 7.

Cuando Magdalena vio al Señor resucitado, no lo reconoció; lo confundió con el hortelano del lugar. Pero bastó una sola palabra --«¡María!»-- para que sus ojos se aclarasen y su



Reflexiones Católicas.

corazón se incendiara. Arrojóse a los pies del Amado. Este le dijo: «No me toques, porque todavía no he subido al Padre. Ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios» (/Jn 20,17).

¿No me toques? La frase no carece de dificultad. Ha habido autores -cada vez son más- que la entendieron de manera llana, por el análisis escrupuloso del texto y su contexto inmediato. Puesto que se trata de un imperativo presente - éste supone de ordinario una acción comenzada, al revés de lo que expresa el imperativo aoristo, el cual prohíbe iniciar la acción-, tradujeron así: «Deja ya de tocarme». Lo que a continuación dice Jesús se armonizaría fácilmente con dicha lectura, ya que, según tales exegetas, parece advertirle que aún le quedará tiempo de verlo y tratarlo mientras no llegue la hora de subir al Padre, y al mismo tiempo le ordena que vaya cuanto antes a comunicar a sus discípulos la noticia.

La mayoría, sin embargo, de los comentaristas, sobre todo antiguos, han preferido otra interpretación de alcance espiritual. A juicio de ellos, Jesús invita a la mujer a que supere su «fe carnal» 8, pues la situación es diferente y diferentes han de ser los tratos. Quien con tanta complacencia toleró que sus pies fueran ungidos y abrazados por la mujer pecadora, niégase ahora a ser objeto de parecidas muestras de afición, precisamente porque su estado es ya muy distinto: la muerte y resurrección han transformado su existencia y fundamentan un tipo de relaciones novísimas con los hombres. Encontrarán estas relaciones su versión definitiva y su máxima intimidad cuando El suba al Padre, cuando la transformación haya sido del todo consumada. Entonces, justamente cuando El deje el mundo, descenderá a los corazones que en el mundo quedan para abandonarse, de forma invisible, pero muy real, a sus ansias de amor. «No me toques, es decir, no quiero que vengas a mí corporalmente, ni que me conozcas con los sentidos de la carne; para más altas cosas te he llamado, mayores cosas te tengo preparadas. Cuando haya subido a mi Padre, me tocarás de un modo más perfecto y efectivo, asiendo lo que no tocas, creyendo lo que no ves» 9.

La prohibición de ser tocado la cambiará Jesús, ocho días más tarde, en una orden de contenido bien diverso: «Mete tu dedo



Reflexiones Católicas.

aquí y mira mis manos. Trae tu mano y métela en mi costado» (Jn 20,27).

¿Por qué tan distinta actitud en uno y otro caso? Fundamentalmente, la voluntad del Maestro es idéntica: significa en ambas ocasiones un llamamiento a la fe. Tomás, ausente del cenáculo durante la primera aparición, incrédulo después de todo cuanto había oído, necesitaba ver para creer, tocar para creer. Condesciende Jesús con aquella flaqueza y le permite toda clase de comprobaciones. Quiere obligarle a aceptar que tiene ante sus ojos y bajo su mano al mismo Cristo, tangible y verdadero, que durante tantos meses ha estado tratando a diario. Pensaba Tomás que aquel que habían visto sus compañeros era un puro fantasma, un producto del sueño; Jesús le demuestra que no hay tal alucinación, que es El mismo quien ahora se presenta de nuevo, después de haber muerto y resucitado, después de haber recobrado la vida.

Ante el discípulo incrédulo, Cristo insiste en la continuidad de su existencia, la misma -es decir, tan cierta e irrefutable- hoy que ayer. Con la mujer enamorada, por el contrario, sigue otra táctica, subraya otro aspecto: puesto que ella lo ha reconocido en seguida y lo ha contemplado en una apariencia tan terrena que ha llegado a confundirlo en principio con el jardinero, conviene advertirle del otro extremo de la verdad, conviene que aprenda que su existencia de resucitado ya no es la misma -es decir, de la misma índole corporal- que aquella que vio extinguirse tres días antes sobre la cruz.

Tomás creyó: el último de los Once, pero creyó. Creyeron, al fin, todos. La fe en la resurrección sostendrá su testimonio cuando comiencen luego a predicar el nombre de Jesucristo. Por eso nos sorprende que Mateo, al relatar una aparición de Jesús en cierto monte de Galilea cuyo nombre omite, nos diga que, «al verle, lo adoraron, pero algunos dudaron» (/Mt 28,17).

Esta duda de los apóstoles ha sido también muy diversamente explicada. No parece que haya que adjudicarla a discípulos que no pertenecían al colegio, pues las facultades de bautizar y difundir el reino que a continuación les son concedidas por Cristo demuestran que allí únicamente se hallaban sus más íntimos y cualificados colaboradores. Tal duda parece que es



Reflexiones Católicas.

menester atribuirla a los propios apóstoles, pero no, como falta de certidumbre en la verdad de la resurrección, de la cual ya estaban para ese momento sobradamente cerciorados, sino como una momentánea vacilación respecto a la identidad del sujeto aparecido. No faltan exegetas que traducen el aoristo por pluscuamperfecto, afirmando que el evangelista alude con esa frase a dudas anteriores, pertenecientes a la primera hora.

Dichosas dudas, providencial obstinación de algunos en negarse a conceder fácilmente su fe a aquello que sus *ojos* se resistían a dar por cierto. No sin razón se ha dicho que la prolongada incredulidad de Tomás ha reportado a la Iglesia mayores ventajas que la pronta adhesión de la Magdalena. No inventaron ellos la resurrección; más bien hicieron cuanto estaba de su parte por negarla. A las palabras de las mujeres no prestaron ningún crédito, pues «les parecieron delirio» (Lc 24,11). Idéntica, repulsa encontraron en el grueso de los discípulos aquellas noticias traídas por los primeros apóstoles que hallaron vacío el sepulcro. «Y al fin se manifestó a los Once, estando recostados a la mesa, y les reprendió su incredulidad y dureza de corazón, por cuanto no habían creído a los que le habían visto resucitado de entre los muertos» (Mc 16, 14).

Nada más justo para describir el estado mental de aquellos hombres, tan positivos, tan apegados a la evidencia, tan escasamente dotados para crear y aceptar fantasías, que la propia confesión de dos de ellos: «Nosotros esperábamoss que sería El quien rescataría a Israel; mas, con todo, van ya tres días desde que esto ha sucedido. Nos asustaron ciertas mujeres de las nuestras que, yendo de madrugada al monumento, no encontraron su cuerpo, y vinieron diciendo que habían tenido una visión de ángeles que les dijeron que vivía. Algunos de los nuestros fueron al monumento y hallaron las cosas como las mujeres decían, pero a El no le vieron» (Lc 24,21-24).

Eran dos discípulos que iban a Emaús, que volvían a su casa, a sus antiguos quehaceres, a su antigua creencia de israelitas en el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Quizá llevaban en el alma la vaga pesadumbre de haber sido infieles a la fe de sus padres por haberse durante algún tiempo adherido a cierto galileo que se había presentado como Mesías y, arteramente,



Reflexiones Católicas.

había sabido cautivarlos sin razón ni fundamento. Quizá, pensaban ellos, se trataba de un embaucador o tal vez de un iluso que soñó con quebrantar la vara de Roma. Mas he aquí que ese iluso, ese embaucador, ese hombre en quien habían creído y en el cual ya no creían, se les junta en el camino y empareja su paso al de ellos. No lo reconocen. Empiezan a hablar. Exponen ellos sus desengaños. El, muy conocedor de las Escrituras, les va demostrando que todo cuanto ha acaecido estaba de antemano predicho, que todo aquel inmenso fracaso aparente revela a la víctima como a verdadero Mesías. El corazón de los dos desolados discípulos se va enardeciendo con tan justas, saludables y oportunas palabras. Es una pena que hayan llegado ya al término de su viaje. El peregrino va más lejos, se despide... Pero ellos insisten para que se quede, pues está cayendo ya la tarde. Accede. Lo invitan a cenar. «Puesto a la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio; entonces se abrieron sus *ojos* y lo reconocieron. Pero El desapareció de su vista» (Lc 24,30-31). ¡Es el Señor! «Y en aquel mismo momento se levantaron, volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a sus compañeros» (Lc 24,33).

Nunca he podido comprender, al estudiar la célebre polémica por identificar Emaús con Amwas o con Qubeibe, que se concediese beligerancia a esta objeción presentada por los defensores de Qubeibe: «No puede Emaús ser localizado en Amwas, porque esta aldea distaba de Jerusalén treinta kilómetros, y no es comprensible que unos caminantes, después de haber recorrido en el día tal distancia, volvieran a cubrirla de nuevo por la noche sin previo descanso». No lo entiendo. Quizá no sea comprensible que haga eso un viajero por puro esparcimiento; admito incluso que tampoco lo hiciera por una razón de cierta mediana gravedad, pero para decir: «¡Jesús está vivo, lo hemos visto!», ¿existe fatiga alguna que pueda ser tenida en cuenta?

Es el episodio de Emaús uno de los más bellos, de los más completos, de los más ejemplares. Y un día y otro viene repitiéndose sin cesar allí donde existe un corazón que ha conocido alguna vez a Jesucristo. ¿No sentimos a menudo en nuestra propia alma dialogar dos voces encontradas, dos voces que discuten, con desgana o con fervor, acerca de Aquel a quien hemos consagrado nuestra vida? «Nosotros esperábamos que sería El quien libertara a Israel...»



Reflexiones Católicas.

Esperábamos otras victorias, otras mercedes, otra alegría, acaso quizá tan sólo otra clase de paz. Y nada de esto nos ha sido concedido. ¿No se tratará de un embaucador o de un pobre iluso que soñó con cambiar la faz del mundo? Sí, es cierto que alguien ha visto su sepulcro vacío, es verdad que dicen que ha resucitado, que sigue vivo en su Iglesia, que se halla presente en los sacramentos, que nos ha citado a todos en los montes de Galilea. «Nosotros esperábamos». Esta forma verbal, este pretérito, pone un velo de tristeza a todas nuestras palabras, hace en extremo pesado y lento nuestro caminar. Pero advertimos también otra voz que da razones, que ilumina viejos textos, que alaba y magnifica a Jesús de Nazaret. Hasta que una noche, en una posada cualquiera, vemos que alguien traza un signo sobre el pan. Y en nuestro pecho entra el sol de repente, una maravillosa y muy firme seguridad nos invade. Pero la Presencia, en seguida, se desvanece. ¿Qué queda luego? ¿La alegría inenarrable y la prisa por contar a los hombres cuanto hemos visto? ¿No sucede más bien que nuestro gozo, que nuestra confortadora firmeza comienzan muy pronto a menguarse? El regreso a Jerusalén va haciéndose cada vez más desanimado, a medida que nos alejamos del punto y hora en que se consumó la fracción del pan. Sí, es preciso dar testimonio, hay que ser fieles durante su ausencia, es menester caminar; volver nuevamente de Emaús a Jerusalén, volver del desengaño... ¿Volver adónde? ¿Al engaño otra vez? Y de nuevo se alza, salvadora, compasiva, nunca irritada, la voz que demuestra la divinidad de Cristo y nos disuade de abandonar sus filas.

Acaso el alma sentirá nuevamente la tentación de dar todo por perdido y refugiarse para siempre en su desilusión como en una temperatura tibia que desaconseja toda hazaña, todo esfuerzo. La voz de las verdades insiste, argumenta, calienta otra vez el pecho...

Junto al lago tiene lugar una nueva aparición del Maestro, el cual proporciona a sus apóstoles una pesca milagrosa -«ciento cincuenta y tres peces grandes»: número triangular, símbolo de plenitud-y luego llama a solas a Simón Pedro para hacerle mayoral de su rebaño (Jn 21, 1-23).

Los evangelios no han recogido por menudo la historia de estas apariciones, que debieron de ser sin duda más numerosas. Ya en el libro de los Hechos resume Lucas



Reflexiones Católicas.

diciendo que «después de su pasión se dejó ver vivo de sus apóstoles con muchas pruebas, apareciéndose durante cuarenta días y comunicándoles lo referente al reino de Dios» (Act 1,3).

De todos estos relatos una cosa capital se desprende: que después de haber resucitado no aporta Jesús nada sustancialmente nuevo a cuanto había hecho y enseñado durante su vida mortal. No realiza ninguna obra extraordinaria, salvo su propia acción de aparecer y marcharse. Ningún secreto nuevo revela a sus elegidos; por el contrario, cuando les habla, límitase a insistir: «Estas son las palabras mías, las que os dije cuando aún estaba con vosotros» (Lc 24,44). Demuestra cómo era necesario que sucedieran las cosas que han sucedido. Esto es todo: los años que han transcurrido son dados por válidos; cuanto ha hecho y predicado es ahora corroborado y puesto en evidencia. Concede aquello que había prometido.

Jesús habla y actúa confirmando con sus palabras y sus gestos todo lo anterior. Es el mismo Maestro, amoroso y fiel. Su programa, como antes, es la difusión del reino, que ahora no conocerá ya frontera ninguna. Su misericordia es la misma, perdonando a Pedro con tanta piedad que no le regatea un punto siquiera de los privilegios antiguos; al contrario, le otorga el máximo don; no sólo el primado de la Iglesia, sino principalmente lo que eso presupone, la confianza tan grande que Él demuestra aún en el amor del pobre apóstol.

Su fisonomía física es también la de antes. Presenta las llagas como prueba de autenticidad; Magdalena lo reconoce por la inflexión de voz, y los discípulos de Emaús por la manera de partir el pan. Su cuerpo es real, palpable: «Ved mis manos y mis pies: Soy yo mismo. Tocadme y ved. Un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo» (Lc 24,39). Y acto seguido comió con ellos un trozo de pez asado. No porque tuviera necesidad de alimento, se apresura a puntualizar San Beda, ya que «de una manera absorbe el agua la tierra sedienta y de otra manera muy distinta el rayo ardiente del sol: aquélla por necesidad, éste por su poder» 10.

Es notable la aparente oposición de datos que el evangelio suministra: unas veces nos presenta la singularidad de un cuerpo que parece elevado sobre las servidumbres del espacio



Reflexiones Católicas.

y del tiempo (Lc 24,31; Jn 20,17.19) y otras lo pinta muy material y cotidiano (Mt 28,9; Lc 24,39.42-43; Jn 20,20.27). Tales textos, que se hallan dentro de los mismos capítulos de cada narrador, lejos de contradecirse, subrayan alternativamente la espiritualidad y la corporeidad de la carne de Cristo. Cuando Pablo afirma que ya «el Señor es espíritu» (2 Cor 3,17), no le sustrae el cuerpo, sino que explica, cómo es este cuerpo: «espiritual»; a saber: no inmaterial, sino potente, transido de ese espíritu que significa poder soberano y libertad. Se trata de un cuerpo que es más específicamente «humano» que este nuestro, descendido de su rango primero y nativo, demasiado afín hoy al cuerpo animal. La resurrección nos da a entender lo que es un cuerpo humano librado de las miserias que el pecado sembró en él.

Ya Cristo jamás perderá el cuerpo. Es éste precisamente el que proporciona a su alma esa apertura hacia el exterior; es, como ha dicho Guittou con tanta fortuna, «la cara del alma que está vuelta hacia las otras almas».

La esfera sacramental reproduce la corporeidad celeste de Jesús. Los cuarenta días se perpetúan a lo largo de los siglos en esta esfera sagrada en la cual el hombre penetra mediante su fe. Constituye la fe un ámbito en el cual las apariciones del Resucitado son posibles, son efectivas y constantes. Desde que la piedra del sepulcro rodó ocultando el cadáver, ya sólo los creyentes pueden ver al Señor, ya todos los creyentes pueden verlo.

6.-LA RESURRECCIÓN DE JESÚS Y LA NUESTRA

El acontecimiento que constituye la garantía y la promesa de nuestra propia resurrección es la resurrección de Jesús. Esta es la fe que anima a las primeras comunidades cristianas: "Aquél que resucitó al Señor Jesús nos resucitará también a nosotros con él" (2Co/04/14). La fe de las primeras comunidades no ha surgido como desarrollo de las especulaciones apocalípticas del judaísmo tardío. No es tampoco una certeza de orden metafísico que se deduce racionalmente de la antropología semita. No proviene tampoco de una especie de revelación que Jesús habría descubierto a sus discípulos sobre la suerte del hombre después de la muerte. (El creyente no está mejor "informado" sobre los



Reflexiones Católicas.

acontecimientos, los lugares, y las situaciones del futuro). Tampoco se trata de un optimismo sin fundamento alguno o de una rebelión irracional contra el destino brutal del hombre que parece acabar definitivamente en la muerte.

La fe cristiana en la resurrección se funda en la resurrección de Cristo de entre los muertos. Es una actitud de confianza y esperanza gozosa que ha nacido de la experiencia vivida por los primeros discípulos que han creído en la acción resucitadora de Dios que ha levantado al muerto Jesús a la Vida definitiva. El punto de partida de la fe cristiana es Jesús experimentado y reconocido como viviente después de su muerte. El Crucificado vive para siempre junto a Dios como compromiso y esperanza para nosotros.

Los primeros cristianos nunca han considerado la resurrección de Jesús como un hecho aislado que sólo le afectara a El, sino como un acontecimiento que nos concierne a nosotros, porque constituye la garantía de nuestra propia resurrección.

Si Dios ha resucitado a Jesús, esto significa que no solamente es el Creador que pone en marcha la vida. Dios es un Padre lleno de amor, capaz de superar el poder destructor de la muerte y dar vida a lo muerto. Si Dios ha resucitado a Jesús, esto significa que la resurrección que los judíos esperaban para el final de los tiempos ya se ha hecho realidad en El.

Pero Jesús es sólo el primero que ha resucitado de entre los muertos. El primero que ha nacido a la vida. El que ha abierto el seno de la muerte y se nos ha anticipado a todos para alcanzar esa Vida definitiva que nos está reservada también a nosotros. Su resurrección no es sino la primera y decisiva fase de la resurrección de la humanidad.

Uno de los nuestros, un hermano nuestro, Jesucristo, ha resucitado ya, abriéndonos una salida a esta vida nuestra que termina fatalmente en la muerte. Por eso, la meta de nuestra esperanza no es simplemente nuestra resurrección, sino la comunión con el Señor resucitado. Cuando los cristianos confesamos nuestra esperanza, vinculamos nuestro destino al de Cristo resucitado por el Padre.



Reflexiones Católicas.

La resurrección de Jesucristo es, por consiguiente, el fundamento, núcleo y eje de toda esperanza cristiana. El es quien "tiene las llaves de la muerte" (Ap. 1, 18).

7.-VIVIR LA PASCUA

Vivir la Pascua Nos felicitamos la Pascua. Cantamos la Pascua. Anunciamos de mil formas el misterio pascual. Pero, ¿vivimos este misterio? Cristo vive, decimos. Pero, ¿estamos resucitados con él? ¿O todo se reduce a un producto más de consumo?

Vivir la Pascua significa:

- Pasar por la cruz, como los hebreos "pasaron" por el mar rojo. El rostro y el cuerpo de Cristo glorioso está marcado por las cicatrices. No se puede llegar a la pascua, sin dar antes los pasos previos. No se puede llegar a la pascua sin romperse, como la losa del sepulcro, sin conseguir primero un despojo total y una entrega sin reservas, o una aceptación incondicional de la voluntad del Padre. Una pascua sin cruz no es más que una fiesta de primavera.

- Vivir en éxodo permanente, cuando se sale de Egipto de prisa y se come de pie, cuando nadie se instala en situaciones placenteras ni se conforma con las libertades conseguidas, cuando se afrontan los problemas que se presentan en cada hora, cuando no se renuncia a la tierra prometida.

- Creer en la esperanza, aceptando la "creación sin límites", la revolución posible, el cambio cualitativo, la propia superación de cada día. Aceptar al Dios sorpresa, al Dios que pasa, al Dios que viene, al Dios que se hace presente y está en cualquier persona o acontecimiento o en cada sacramento. (Jb. 1, 2). Y aceptar la sorpresa de Dios: su palabra, su regalo, su providencia, su amor. Aceptar la sorpresa de la vida, porque el futuro no está escrito. Aceptar la sorpresa de los hombres, que no siempre son rutinarios y mediocres. De esta esperanza surge el talante pascual, firme y confiado:

- Dejarse renovar y recrear. Dejar que el Señor resucitado exhale su aliento sobre nosotros, su Espíritu creador, como al principio. Que su aliento vital dé nueva vida a nuestros huesos secos. Ser capaces de nacer de nuevo, "capaces de la santa novedad"



Reflexiones Católicas.

(Liturgia). Ser capaces de alimentarse con "los panes ácidos de la sinceridad y la verdad". (1 Cor. 5, 8).

- Estar en Cristo. "El que está en Cristo es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo" (2 Cor. 5, 17). "Estar en Cristo": frase feliz acuñada y repetida por Pablo -casi 200 veces en el N.T.- resume todo el misterio de la pascua. No sólo anunciamos que Cristo vive, sino que Cristo vive en mí o que yo vivo en Cristo. Estar en Cristo es estar en la verdad y vivir en el amor; es dejarse ganar por su Espíritu, tener sus mismos sentimientos, responder a su llamada; es vivir la filiación, ser hijos en el Hijo, orar como él lo hizo, sentir la fraternidad y vivir la comunión. Estar en Cristo es acompañar, es escuchar, es trabajar, es morir y vivir en él; es ser él. Es:

-- "Vivir en la fe del Hijo de Dios, que amó y se entregó por mí". (Gl. 2, 20).

-- "Crucificar la carne con sus pasiones y sus apetencias" (Gl. 5, 24).

-- "Estar crucificado para el mundo" (Gl. 6, 14).

-- "Revestirse del hombre nuevo" (Ef. 4, 24).

-- "No tener otra vida que Cristo". (Flp. I, 21).

-- "Tener por basura" todo lo que no sea Cristo. (Flp. 3, 8).

-- "Dejarse alcanzar por Cristo". (Flp. 3, 12).

-- "Vivir según Cristo Jesús... enraizados y edificados en él". (Col. 2,6)

-- "Resucitar con Cristo, buscando las cosas de arriba, donde está Cristo". (Col. 3, 1).

-- vivir en el amor. Es el fruto de la vida en Cristo. Amar, dejarse amar, ser amor. Morir al egoísmo cada día, perdonar 70 veces 7, servir por encima de las propias fuerzas, entregarse hasta el fin.

Esto es la Pascua: un amor más fuerte que la muerte, fogonazo que consume todas las ataduras, libertad definitiva, la paz como un torrente que inunda, la perfecta alegría. Feliz Pascua de resurrección.



8.-¿Cómo, dónde y en quién está presente y actúa el Señor resucitado?

Es un hecho que la resurrección de Jesús constituye el acontecimiento central de nuestra fe cristiana. Pero es un hecho también que ese acontecimiento central de la fe cristiana no parece estar en el centro de la vida de los creyentes. Por lo menos, a primera vista, no se tiene la impresión de que los cristianos lo entiendan y lo vivan así. Hay otras cosas que interesan más al común de los mortales bautizados. Y conste que me refiero a cosas estrictamente religiosas: la pasión del Señor, la devoción a la Virgen y a los santos, determinadas prácticas religiosas, etc.

Sin embargo, a mí me parece que no deberíamos precipitarnos a la hora de dar un juicio sobre esta cuestión. Porque, sin duda alguna, se trata de un asunto más complicado de lo que parece en un primer momento. Por eso, valdrá la pena analizar, ante todo, de qué maneras el Resucitado debe estar presente en la vida y el comportamiento de los creyentes, según el Nuevo Testamento, para poder, desde ahí, sacar luego las consecuencias.

La persecución: predicar la resurrección es entrar en conflicto

El libro de los Hechos de los Apóstoles nos informa de que los discípulos de Jesús eran perseguidos por causa de la resurrección, exactamente por predicar que Cristo había resucitado: "el comisario del templo y los saduceos, muy molestos porque enseñaban al pueblo y anunciaban que la resurrección de los muertos se había verificado en Jesús, les echaron mano y, como era ya tarde, los metieron en la cárcel hasta el día siguiente" (Hech 4,1-3). Más claramente aún, si cabe, cuando los apóstoles son llevados ante el tribunal y testifican valientemente la resurrección (Hech 5,30-32), provocan la irritación en los dirigentes religiosos, que deciden acabar con ellos (Hech 5,33). Y lo mismo pasa en el caso de Esteban: cuando éste confiesa abiertamente que ve a Jesús resucitado en el cielo "de pie a la derecha de Dios" (Hech 7,56), la reacción no puede ser más brutal: "Dando un grito estentóreo, se taparon los oídos y, todos a una, se abalanzaron sobre él, lo empujaron fuera de la ciudad y se pusieron a



Reflexiones Católicas.

apedrearle" (Hech 7,57-58). Y otro tanto cabe decir por lo que se refiere a Pablo, que confiesa por dos veces que fue llevado a juicio precisamente por predicar la resurrección (Hech 23,6; 24,1).

Ahora bien, este conjunto de datos plantea un problema. Porque la verdad es que actualmente nadie es perseguido, encarcelado y asesinado por predicar la resurrección. Es más, parece que el tema de la resurrección es uno de los temas más descomprometidos y menos peligrosos que hay en el evangelio. De donde se plantea una cuestión elemental: ¿será que no entendemos ya lo que significa la resurrección del Señor?, ¿será, por lo tanto, que no la predicamos como hay que predicarla?

Para responder a esta cuestión, empezaré recordando cómo presentan los apóstoles y discípulos la resurrección de Jesús. En este sentido, lo más importante es que la presentan en forma de denuncia. Una denuncia directa, clara y fuerte: *Vosotros lo habéis matado, pero Dios lo ha resucitado* (Hech 3,15; 4,10; 5,30; 13,30). Por lo tanto, se trata de un anuncio que, en el momento de ser pronunciado, tiene plena actualidad. Es decir, no se trata de una cuestión pasada, que se recuerda y nada más, sino que es un asunto que concierne y afecta directamente a quienes oyen hablar de ello. Más aún, es un asunto gravísimo, que, en el fondo, equivale a decir lo siguiente: *Dios le da la razón a Jesús y os la quita a todos vosotros*. Porque, en definitiva, la afirmación según la cual "Dios lo ha resucitado" (Hech 2,24-32; 3,15-26; 4,10; 5,30 ,30; 10,40; 13,30.34.37), viene a decir que Dios se ha puesto de parte de Jesús, está a favor de él y le ha dado la razón, aprobando así su vida y su obra.

Por consiguiente, parece bastante claro que predicar la resurrección y vivir ese misterio consiste, ante todo, en portarse de tal manera, vivir de tal manera y hablar de tal manera que uno le da la razón a Jesús y se la quita a todos cuantos se comportan como se comportaron los que asesinaron a Jesús. Pero, es claro, eso supone una manera de vivir y de hablar que incide en las situaciones concretas de la vida. Y que incide en tales situaciones en forma de juicio y de pronunciamiento: a favor de unos criterios y en contra de otros; a favor de unos valores y en contra de otros; a favor de unas personas y en contra de otras; y así sucesivamente.



Reflexiones Católicas.

De donde resulta una consecuencia importante, a saber: la primera forma de presencia y actuación del resucitado en una persona y en una comunidad de creyentes consiste en ponerse de parte de Jesús y de su mensaje, en el sentido indicado. Por lo tanto, se trata de una forma de presencia y de actuación que inevitablemente resulta conflictiva, como conflictiva fue en el caso de los primeros creyentes, que se vieron perseguidos por causa de su fidelidad al anuncio del resucitado.

Y todo esto, en definitiva, quiere decir lo siguiente: Jesús fue perseguido y asesinado por defender la causa del ser humano, sobre todo por defender la causa de los pobres y marginados de la tierra, contra los poderes e instituciones que actúan en este mundo como fuerzas de opresión y marginación. Por lo tanto, se puede decir que cuantos sufren el mismo tipo de persecución que sufrió Jesús, esos son quienes viven la primera y fundamental forma de presencia del resucitado en sus vidas, mientras que, por el contrario, quienes jamás se han visto perseguidos o molestados, quienes siempre viven aplaudidos y estimados, éstos se tienen que preguntar si su fe en la resurrección no es, más que nada, un principio ideológico con el que a lo mejor se ilusionan engañosamente. He ahí un criterio importante, fundamental incluso, para compulsar y medir nuestra propia fe en Jesús Resucitado.

El triunfo de la vida: el Resucitado está presente donde la vida lucha contra la muerte

La enseñanza de San Pablo sobre la resurrección se centra, sobre todo, en un punto esencial, a saber: que la resurrección cristiana es el triunfo definitivo de la vida sobre la muerte. Así fue en el caso de Jesús. Y así es también en la situación, en la vida y en la historia de cada creyente (Rom 6,4.5.9; 7,4; 2 Cor 5,15; Fil 3,10-11; Col 2,12). Porque, en definitiva, el destino del cristiano es el mismo destino de Jesús.

Por otra parte, hay que tener muy en cuenta, cuando hablamos de la resurrección, que no se trata solamente del triunfo de la vida en la "otra vida", sino del triunfo de la vida sobre la muerte ya desde ahora, en las condiciones y en la situación de nuestro mundo y de nuestra historia. En este sentido, la afirmación de la carta a los Colosenses resulta magistral: "Fue él quien os asoció a su resurrección por la fe en la fuerza de Dios que lo resucitó a él de la muerte. Y a vosotros, muertos como estabais por



Reflexiones Católicas.

vuestros delitos y por no extirpar vuestros bajos instintos, Dios os dio vida con él" (Col 2,12-13). En este texto, los verbos están en pasado. Lo cual quiere decir que el acontecimiento ya se ha producido: la vida ha triunfado ya sobre la muerte. Y se expresa en el triunfo sobre los delitos y sobre los bajos instintos a los que va sometiendo progresivamente, hasta su expansión definitiva y última, que acontecerá en el "más allá".

Ahora bien, todo esto quiere decir que la resurrección se vive y se hace presente donde la vida lucha contra la muerte, donde las fuerzas de la vida vencen a las fuerzas de la muerte. Pero aquí conviene que seamos lúcidos y no nos dejemos engañar. Porque en esta vida hay dos clases de fuerzas que empujan hacia la muerte: de una parte, están las fuerzas que son absolutamente inevitables, porque no dependen en absoluto de la libertad y de la voluntad de los hombres y mujeres; pero están, por otra parte, las fuerzas evitables, las que dependen directa o indirectamente de la libre determinación de las personas. A las primeras pertenecen, por ejemplo, el envejecimiento o una catástrofe natural; a las segundas pertenecen las guerras, las condiciones económicas, sociales y políticas y todo lo que, en definitiva, está a nuestro alcance.

Vistas así las cosas, hay que decir que la resurrección se hace presente y se manifiesta allí donde se lucha y hasta se muere por evitar la muerte que está a nuestro alcance y por suprimir el sufrimiento que se puede evitar. Y aquí es donde, sobre todo, tiene que hacerse patente y tangible la fe en la resurrección: sufriendo por suprimir el sufrimiento y hasta muriendo por evitar la muerte. De tal manera que la fe en la resurrección es lo que tiene que ser en la medida en que se acerca a esta forma de praxis, es decir, en la medida en que se acerca a este compromiso práctico con la vida y en favor de la vida.

Desde este punto de vista, hay que denunciar todas las formas de evasión y alienación que, en último término, se vienen a reducir a una fe más o menos teórica y colocada solamente en el "más allá", mientras que asistimos, en el "más acá", al terrible espectáculo del sufrimiento y de la muerte con la conciencia de que eso no concierne propiamente a nuestra fe en el resucitado. Seguramente consiste en eso uno de los peligros más serios que amenazan a la fe: se acepta teóricamente lo que no está a nuestro alcance, mientras que no se presta atención a lo que prácticamente sí está en nuestra mano. Por la sencilla razón de



Reflexiones Católicas.

que lo primero no compromete a nada, mientras que lo segundo constituye una amenaza terrible para nuestra propia seguridad. "¿Qué hacéis ahí plantados mirando al cielo?" (Hech 1,11). Sin duda, estas palabras angélicas, dirigidas a los primeros discípulos de Jesús, deberían convertirse en lema para muchos cristianos. Para todos los que tranquilizan su conciencia con la fe en la otra vida, mientras que esta vida se desangra por mil heridas abiertas.

Pero hay más. Jesús es la vida (Jn 14,6). De tal manera que él es la resurrección precisamente porque él mismo es la vida (Jn 11,25). No olvidemos que resucitar supone vivir antes. Luego se puede decir, con todo derecho, que Jesús es la plenitud de la resurrección porque él fue antes la plenitud de la vida. Por eso su presencia y su contacto curaba a los enfermos y resucitaba a los muertos. Por eso su tarjeta de presentación y su documento de identidad es la buena noticia de la vida para todo lo que en este mundo es muerte y actúa a favor de la muerte (Mt 11,2-6; Le 4,17-18). De donde resulta que comprometerse por la fe en Jesús es lo mismo que comprometerse por la lucha en favor de la vida. Por una vida más humana, más plena, más feliz y más completa en todos los órdenes de la vida.

La esperanza: no hay fracaso, ni muerte -por el Reino- que nos pueda hundir

Es sin duda alguna el aspecto más frecuentemente destacado en las cartas apostólicas. Seguramente porque esta cuestión representaba una dificultad muy fuerte en aquella sociedad y en aquella cultura, nada propensa a la aceptación de este tipo de cosas (cf. Hech 17,32). Por eso los autores del Nuevo Testamento tuvieron que insistir especialmente en este punto (Jn 5,24; 11,25-26; Rom 8,11. 1 Cor 6,14; 15,12-15; 2 Cor 1,9; 4,14; Ef 2, 5-6; Col 2,12; 3,1; 1 Tes 1,10; 4,14; 2 Tim 2,8; 1 Pe 1,3). Hasta el punto de llegar a decir que quien presta su adhesión incondicional a Jesús "no sabrá nunca lo que es morir" (Jn 8,51).

Pero, en realidad, ¿qué es lo que nos viene a decir todo esto? Ante todo, nos viene a decir que nuestra vida no está condenada al fracaso y la frustración, sino que, por el contrario, quienes creemos en Jesús tenemos, por eso mismo, asegurada la pervivencia, por encima de la aplastante evidencia de la muerte. Por lo tanto, nos viene a decir que allí "donde se estrellan todas



Reflexiones Católicas.

las esperanzas humanas" (J. Moltmann), allí precisamente empieza la esperanza de los creyentes. Y, por consiguiente, nos viene a decir que no hay fracaso ni frustración que nos pueda hundir, por muy sombrío que se presente el horizonte, incluso cuando tenemos delante una cosa tan inevitable como es la muerte o una realidad tan aplastante como el fracaso de un condenado a la más humillante de las ejecuciones.

Pero, si es que somos coherentes, tenemos que sacar hasta la última consecuencia de todo este planteamiento. Porque lo absurdo sería esperar contra la muerte, pero no soportar la contradicción de todo lo que es menos que la muerte. Es más, todo esto nos indica también que la esperanza cristiana no consiste en eliminar la contradicción. Porque no consiste en eliminar la muerte. Pero es el triunfo sobre la muerte, a pesar de la misma muerte. Pues lo mismo en todo lo demás. En los fracasos de la vida, en las contradicciones grandes y pequeñas, en la oposición que con frecuencia experimentamos de la manera que sea. Con tal, claro está, que se cumpla una condición: que se trate de fracasos, frustraciones y oposición al reino de Dios, al proyecto de Jesús sobre la historia y la humanidad. Por eso, en la medida en que nuestras aspiraciones coinciden con ese proyecto, no tenemos derecho al desaliento y menos aún a la falta de esperanza.

La consecuencia inmediata, que de aquí se sigue, es de una enorme actualidad. Con frecuencia encontramos en la vida a personas o grupos que se cansan de luchar, porque se han decepcionado a fuerza de fracasos y contradicciones. Por supuesto, una reacción así es comprensible. Pero es comprensible solamente cuando las cosas se miran sin fe. Por eso, cuando en un tiempo de desencanto como el actual vemos a tantos que dicen "¡basta ya!" y se dedican a vegetar en posiciones más o menos cómodas, hay que preguntarse dónde está la fe de esa gente, dónde está su profundidad cristiana y dónde está su esperanza. Porque -hay que decirlo una vez más- la esperanza de los cristianos no es solamente esperanza en la vida del cielo, sino también, y precisamente por eso, esperanza en el reino de Dios que ya se ha hecho presente en la tierra, en la vida y en la historia.

Consecuencias: ¿en qué "lugares" se hace presente el Resucitado?



Reflexiones Católicas.

Empezaba yo estas páginas preguntando si realmente se puede decir que la fe en la resurrección ocupa el centro de la vida de los creyentes. Ahora tenemos ya suficientes elementos de juicio para responder a esa cuestión.

Y, ante todo, después de todo lo dicho, está bastante claro que la fe en la resurrección no consiste en el mero convencimiento teórico e inoperante de quien sabe que existe la otra vida y cree mentalmente en ese asunto. La fe en la resurrección entraña esencialmente la presencia y la actuación del Resucitado en quien tiene esa fe. Ahora bien, después de todo lo que hemos dicho aquí, se puede afirmar que el Resucitado se hace presente en aquellos que le dan la razón a él y se ponen de su parte, en aquellos que luchan en favor de la vida y contra las fuerzas de muerte que actúan en la sociedad y en la historia, y en aquellos que, a pesar de todos los pesares, no se dejan ni vencer ni aun siquiera acobardar por la contradicción y el enfrentamiento, vengan de donde vengan. Pero, en realidad, ¿quiénes son esas personas?

1. *No los que "saben" sino los que "actúan"*. Por supuesto no son los que saben todo eso y se limitan a saberlo, sino los que actúan en la vida de acuerdo con esos principios, aun cuando ellos se los formulen de otra manera. Aquí, por supuesto, hay que hacer mención expresa de los creyentes anónimos, es decir, de todos aquellos hombres y mujeres de buena voluntad, que desde sus propios presupuestos -dadas las posibilidades concretas de cada cual- actúan de hecho en favor de todo lo que actuó Jesús, aun cuando ni siquiera se hayan enterado de la existencia histórica del mismo Jesús. Y, por el contrario, hay que hablar también de los que, con razón, pueden ser calificados como "ateos religiosos", es decir, aquellos hombres y mujeres de mala voluntad, que se sirven de las creencias y de la práctica de la religión para justificar comportamientos de insolidaridad y actuaciones opuestas a todo lo que defendió Jesús.

2. *Un tipo de hombre con talante utópico*. Por otra parte, es claro que esta manera de entender la fe en la resurrección nos ofrece, como resultante, un determinado tipo de persona. Porque, a fin de cuentas, cada uno viene a configurarse de acuerdo con aquello en lo que de verdad cree o con aquello que constituye la base, de sus convicciones más profundas. Ahora bien, el tipo de persona que surge de la fe en la resurrección es, en primer lugar, un ser humano, con un marcado talante



Reflexiones Católicas.

utópico, porque todo lo que defendió Jesús hasta la muerte es, en definitiva, una formidable utopía, la utopía de una sociedad verdaderamente fraternal y solidaria donde terminan por imponerse los valores del Reino de Dios.

3. *Inconformista frente a la realidad.* En tercer lugar, el tipo de ser humano que surge de la fe en la resurrección es un profundo inconformista frente a la realidad tan desagradablemente injusta y contradictoria que tenemos que presenciar todos los días en nuestro mundo y en nuestra sociedad. Teniendo en cuenta que no se trata solamente del inconformismo frente al pecado, sino además frente a las fuerzas de opresión, de sufrimiento y de muerte que, con frecuencia, generan las instituciones con sus dinanismos a veces muy despersonalizados.

4. *Inevitablemente conflictivo.* En cuarto lugar, el tipo de ser humano que surge de la fe en la resurrección es inevitablemente un ser humano conflictivo. Porque en la medida en que se toman en serio las dos características anteriores, en esa misma medida se provoca, antes o después, el enfrentamiento y la contradicción. Por lo tanto, no se trata del individuo complicado y difícil, que hace difícil también la convivencia, a resultas de la conflictividad que él vive. Se trata, por el contrario, del constructor de la paz, que se enfrenta a todos los violentos de la tierra.

5. *Mirada puesta en el futuro.* Y por último, el tipo de ser humano que surge de la fe en la resurrección es el ser humano que cree en el futuro de la vida y de la historia. Y por eso, tiene su mirada puesta en el futuro, más que en la nostálgica consideración del pasado. Pero teniendo presente que no se trata solamente del futuro último, el futuro que trasciende a toda historia, sino el futuro histórico, el futuro de la tierra y de la creación, que es el futuro de cuantos trabajan por una humanidad mejor y un mundo más habitable.

6. *"Cor inquietum".* Y para terminar, un texto apasionado y apasionante de J. Moltmann, el teólogo de la esperanza:

«Crear significa rebasar, en una esperanza que se adelanta, las barreras que han sido derribadas por la resurrección del crucificado. Si reflexionamos sobre esto, entonces esa fe no puede tener nada que ver con la huida del mundo, con la resignación y los subterfugios. En esta esperanza, el alma no se



Reflexiones Católicas.

evade de este valle de lágrimas hacia un mundo imaginario de gentes bienaventuradas, ni tampoco se desliga de la tierra. Pues, para decirlo con palabras de Ludwig Feuerbach, la esperanza sustituye el más allá sobre nuestro sepulcro en el cielo por el más allá sobre nuestro sepulcro en la tierra, lo reemplaza por el futuro histórico, por el futuro de la humanidad... La fe se introduce en esta contradicción, y con ello se convierte a sí misma en una contradicción contra el mundo de la muerte. Por esto la fe, cuando se dilata hasta llegar a la esperanza, no aquieta sino que inquieta, no pacífica sino que impacienta. La fe no aplaca el *cor inquietum*, sino que ella misma es ese *cor inquietum* en el ser humano. El que espera en Cristo no puede conformarse ya con la realidad dada, sino que comienza a sufrir a causa de ella, a contradecirla. Paz con Dios significa discordia con el mundo, pues el agujón del futuro prometido punza implacablemente en la carne a todo presente no cumplido» (*Teología de la Esperanza*, Salamanca 1969, 26-27).

Después de todo lo que hemos dicho aquí, y a la luz de estas palabras de Moltmann, podemos llegar a nuestra última conclusión: el resucitado se hace presente y actúa en la historia precisamente en aquellos hombres y mujeres que tienen ese *cor inquietum*, esa impaciencia. Aun cuando ellos no lo sepan decir con estas palabras o con otras parecidas. Porque aquí no es cuestión de saberes o de palabras. Es cuestión de una fe que inquieta, que impacienta, y que empuja hacia el futuro de la humanidad, con el firme convencimiento de que la utopía es posible.